



Val McDermid

La primera piedra

Una historia de herencias malditas, asesinatos
y corrupción en los Highlands escoceses

Serie Karen Pirie

La herencia de Alice Somerville descansa sepultada bajo el suelo pantanoso de los Highlands escoceses: dos motos Indian Scout de la Segunda Guerra Mundial que su abuelo robó y dejó enterradas al término de la Segunda Guerra Mundial. Tras muchas paladas, queda al descubierto algo que nunca debería haber estado ahí, el cuerpo de un joven con dos agujeros de bala.

Karen Pirie, responsable de la Unidad de Casos Históricos de la Policía de Escocia, acude al lugar de los hechos y confirma sus peores temores: el cuerpo y las dos motos no tienen nada que ver. Nada está dónde debería y nada es lo que parece. Karen no tardará en comprender que no todo el mundo comparte su deseo de justicia, o siquiera la idea de lo que esta debe ser, y que, a veces, en las posibilidades más remotas se halla el cabo suelto capaz de deshacer la madeja que oscurece el pasado.

Índice

1. 1944 – Wester Ross, Escocia
2. 2018 – Edimburgo
3. 2018 – Wester Ross
4. 2018 – Edimburgo
5. 2018 – Edimburgo
6. 2018 – Wester Ross
7. 2018 – Wester Ross
8. 2018 – Wester Ross
9. 2018 – Edimburgo
10. 2018 – Wester Ross
11. 2018 – Dundee
12. 2018 – Wester Ross
13. 2018 – Elgin
14. 2018 – Wester Ross
15. 2018 – Wester Ross
16. 1944 – Amberes
17. 2018 – Wester Ross

18. 2018 – Wester Ross
19. 2018 – Dundee
20. 2018 – Wester Ross
21. 2018 – Wester Ross
22. 2018 – Puente de Allan
23. 2018 – Wester Ross
24. 1944 – Amberes, Wester Ross
25. 2018 – Wester Ross
26. 2018 – Portpatrick
27. 2018 – Wester Ross
28. 2018 – Teavarran
29. 2018 – Edimburgo
30. 2018 – Edimburgo
31. 1944 – Wester Ross
32. 2018 – Dundee
33. 2018 – Motherwell
34. 2018 – Edimburgo
35. 2018 – Edimburgo
36. 2018 – Edimburgo
37. 2018 – Edimburgo

38. 1946 – Michigan y en mitad del Atlántico
39. 2018 – Edimburgo
40. 2018 – Edimburgo
41. 2018 – Edimburgo
42. 2018 – Edimburgo
43. 2018 – Edimburgo
44. 2018 – Edimburgo
45. 2018 – Edimburgo
46. 2018 – Edimburgo
47. 2018 – Edimburgo
48. 2018 – Northumberland
49. 1946 – Northumberland
50. 2018 – Edimburgo
51. 2018 – Edimburgo
52. 2018 – Edimburgo
53. 2018 – Edimburgo
54. 2018 – Edimburgo
55. 2018 – Edimburgo
56. 2018 – Edimburgo
57. 2018 – Edimburgo

58. 2018 – Edimburgo

59. 2018 – Gartcosh

60. 2018 – Edimburgo

61. 2018 – Edimburgo

62. 1995 – Edimburgo

63. 2018 – Glasgow

64. 2018 – Edimburgo

65. 2018 – Edimburgo

66. 2018 – Edimburgo

67. 2018 – Stirling

68. 2018 – Edimburgo

69. 2018 – Edimburgo

70. 2018 – Edimburgo

Epílogo. 1995 – Invercharron, Sutherland

Agradecimientos

Sobre la autora

Este libro comenzó cuando una librera me contó una historia. Por tanto, lo dedico a todos los librereros apasionados de las historias y que nos las meten en la cabeza y nos convierten en adictos.

*Tres pueden mantener un secreto
si dos de ellos están muertos.*

BENJAMIN FRANKLIN,
Almanaque del pobre Richard

1

1944 – Wester Ross, Escocia

El golpeteo de las palas contra la densa turba emitía un ruido inconfundible. Un momento parecían ir acompasadas y al siguiente no: se juntaban, se separaban, sonaban en cascada y volvían a unirse, al igual que la pesada respiración de los hombres. El de mayor edad hizo una pausa, se apoyó en el mango y dejó que el frío aire nocturno le secase el sudor de la nuca. De repente sintió respeto por los enterradores que tenían que hacer lo mismo cada jornada de trabajo. Cuando todo aquello hubiera acabado no iban a verlo nunca ganarse la vida de esa manera.

—Venga, viejales —le dijo su compañero en voz baja—. No tenemos tiempo para pausas.

El hombre que descansaba ya lo sabía. Se habían metido en aquel asunto juntos y no quería fallarle a su amigo. Pero le costaba respirar. Contuvo una tos y se encorvó de nuevo para seguir con su labor.

Al menos habían elegido la noche adecuada: cielo claro y una media luna que les daba el mínimo de luz como para poder trabajar. Ciertamente, podía verlos cualquiera que siguiera el camino más allá de la granja, pero nadie tenía razones para estar fuera en plena noche. Las patrullas no se adentraban tanto en el valle, y la luz de la luna hacía innecesario el uso de linternas que pudieran delatarlos. Estaban seguros de que nadie los iba a descubrir. A fin de cuentas, su

entrenamiento hacía que las operaciones clandestinas les resultaran de lo más natural.

La ligera brisa que llegaba del lago les traía un leve olor a algas y el suave murmullo de las olas al chocar contra las rocas. Ocasionalmente algún ave nocturna que ninguno de los dos sabía identificar emitía un quejido desolado, sobresaltándolos cada vez. Pero cuanto más profundo era el hoyo menos se entrometía el mundo exterior. Llegaron a no ver nada más allá del borde. Ninguno padecía claustrofobia, pero estar tan encerrados no resultaba nada agradable.

—Basta.

El hombre más mayor apoyó la escalera contra un lado y trepó lentamente de vuelta al mundo; le alivió sentirse rodeado de nuevo por el aire en movimiento. Un par de ovejas balaron al otro lado del valle y un zorro aulló en la distancia, pero seguía sin haber rastro de ninguna otra presencia humana. Se dirigió a la caravana que había a un metro, cubierta por una gran lona rectangular. Entre los dos la retiraron para dejar a la vista las dos cajas de madera que habían construido antes. Parecían un par de ataúdes puestos en pie, apoyados sobre un costado. Soltaron la cuerda que la ligaba y la empujaron por el suelo. Sin dejar de gruñir y maldecir por el esfuerzo, la arrastraron hasta el borde del hoyo y la bajaron con cuidado.

—Mierda —exclamó el más joven cuando la cuerda le pasó demasiado rápido por la palma de la mano y le abrasó la piel.

—Cierra la boca, vas a despertar a todo el puto valle —le dijo el otro, que regresó a la caravana mirando atrás para asegurarse de que lo estuviera siguiendo. Repitieron toda la operación, ahora de forma más lenta y torpe; el cansancio empezaba a afectarlos.

Después llegó el momento de rellenar el hoyo. Trabajaron en silencio taciturno, dando paladas tan rápido como podían. Mientras la noche empezaba a desvanecerse en el horizonte de las montañas del este, emprendieron la última

parte de su misión, igualar con los pies la tierra para que no se notara nada. Acabaron sucios, malolientes y exhaustos, pero habían conseguido su cometido. Algún día más o menos lejano todo el esfuerzo de esa noche valdría la pena.

Antes de arrastrarse de nuevo al vehículo se dieron la mano y un apresurado abrazo.

—Lo conseguimos —dijo el más mayor entre toses, mientras se dejaba caer en el asiento del conductor—. La puta; lo conseguimos.

Mientras hablaba, los organismos *Mycobacterium tuberculosis* reptaban por sus pulmones destruyendo tejido, abriendo agujeros, taponando conductos de aire. Dos años más tarde ya no tendría que enfrentarse nunca más a las consecuencias de sus actos.

2

2018 – Edimburgo

El fuerte viento del norte que soplaba a sus espaldas impulsó a la inspectora jefe Karen Pirie por el empinado paseo de Leith hasta su oficina. También hacía que le pitaran los oídos, ya atormentados por el ruido de los taladros, de la piedra contra la piedra y los martillos que llegaban de la enorme área de demolición que ocupaba todo el tramo superior de la calle. Quizá la obra prometida, con sus apartamentos y tiendas de lujo y restaurantes caros, haría crecer la economía de Edimburgo, aunque Karen no creía que ella fuera a pasar mucho tiempo o gastarse mucho dinero allí. Pensó en lo bien que estaría que al ayuntamiento se le ocurrieran ideas que beneficiaran más a sus habitantes que a los turistas.

«Vieja quejica», se murmuró a sí misma mientras doblaba por la plaza Gayfield y se dirigía al conjunto de cubos de cemento en los que se encontraba la comisaría. Más de un año después de la pérdida que la había dejado sin rumbo, hacía un esfuerzo consciente por superar la sombra que le había caído encima como si fuera un telón. Tenía que admitir que incluso en sus mejores días le quedaba aún un largo camino. Pero seguía intentándolo.

Saludó con la cabeza al agente uniformado del mostrador, golpeó el teclado con su dedo enguantado y avanzó por el largo pasillo hasta el despacho del fondo, que pare-

cía construido a desgana, añadido en el último momento. Abrió la puerta y se quedó parada en el quicio. Había un desconocido sentado ante la tercera mesa, normalmente desocupada, con los pies apoyados en la papelera, el *Daily Record* abierto en el regazo y en una mano un rollito de beicon, que rezumaba grasa.

Karen dio un paso atrás y miró teatralmente la placa de la puerta, donde ponía UNIDAD DE CASOS HISTÓRICOS. Al darse de nuevo la vuelta, el rostro arrugado del hombrecillo seguía fijo en el diario, pero sus ojos la observaban con desinterés, deseosos de regresar a la letra impresa.

—No sé quién es usted o qué se cree que hace aquí —dijo ella mientras entraba—. Solo sé una cosa: que ya no está a tiempo de causar una buena primera impresión.

Sin darse ninguna prisa, el hombre levantó los pies de la papelera y los apoyó en el suelo. Antes de que Karen pudiera hacer o decir nada más oyó unos pesados y conocidos pasos a su espalda, en el pasillo. Miró atrás y vio como se acercaba el detective Jason «Dandy» Murray, que intentaba mantener en equilibrio tres vasos de plástico de café Valvona & Crolla, uno encima de otro. *¿Tres vasos?*

—Hola, jefa. Habría esperado a que llegara usted, pero el sargento McCartney se moría por un café, así que pensé... —Sonrió como un corderillo al notar la mirada glacial de ella.

Karen atravesó la sala hasta su escritorio, el único que tenía algo parecido a una buena vista: una ventana de tamaño insultante daba a una pared blanca al otro lado de un callejón. La contempló por un instante y después le dedicó una ligera sonrisa al tal sargento McCartney, que había tenido la cortesía de cerrar el diario pero no de incorporarse en su silla. Jason extendió un brazo cuidadosamente como para ofrecerle uno de los cafés a Karen sin acercársele demasiado.

—¿Sargento McCartney? —dijo ella, haciéndole sentir todo su desdén.

—Ese soy yo. —Aquellas tres palabras bastaron para desvelar su origen: Glasgow. Debería habérselo imaginado con solo ver su postura de gallito—. Sargento Gerry McCartney. —Sonrió con displicencia o indiferencia—. Soy su nuevo ayudante.

—¿Desde cuándo?

Él se encogió de hombros.

—Desde que la subcomisaria decidió que lo necesita. Está claro que cree que le conviene tener a alguien que sepa lo que se trae entre manos. Ese soy yo. —La sonrisa se le volvió ligeramente amarga—. Recién salido de la Unidad de Incidencias Mayores.

La nueva subcomisaria. Cómo no iba a estar detrás de aquello. Karen había confiado en que su vida cambiaría para mejor cuando pillaron a su anterior jefe en un escándalo de corrupción y lo barrieron junto con la basura. Y es que nunca había encajado en la imagen que él tenía de cómo debía ser una mujer —obsequiosa, obediente y de adorno—, por lo que no dejó de intentar sin éxito detectar el menor fallo en sus investigaciones. Ella había tenido que dedicar demasiada energía durante años a impedirle el acceso a los detalles de su trabajo.

Cuando Ann Markie fue ascendida y la UCH pasó a formar parte de sus dominios, Karen confió en mantener una relación menos difícil con su nueva jefa. Resultó ser igual de complicada, pero de otra manera. Ann Markie y Karen compartían el sexo y una gran inteligencia, pero ahí acababa su parecido. Markie aparecía cada mañana perfectamente arreglada y fresca, como recién salida del envase. Era el rostro glamuroso de la policía escocesa. Y en su primera reunión le dejó claro que apoyaba al ciento diez por ciento a la Unidad de Casos Históricos, mientras ella y Jason se aseguraran de que dichos casos hicieran que el cuerpo pareciera moderno, dedicado e implicado. Es decir, lo contrario de unos idiotas que podían pasarse un mes buscando a un desaparecido que estuviera tirado muerto en su propio

piso. Ann Markie era muy partidaria de la clase de justicia que hacía que su trabajo sonara bien en el telediario de la noche.

Markie había mencionado que podía estirar el presupuesto de la UCH y conseguirles un agente más. Karen esperaba que fuera un civil que pudiera dedicarse a las cuestiones administrativas y a hacer búsquedas digitales sencillas y les dejara tiempo a ella y a Jason para encargarse de los asuntos serios. Aunque quizá decir «serio» al hablar de Jason no resultase la palabra más adecuada. Sin embargo, aunque no fuera el tío más brillante del mundo, el Dandy era tranquilo y compensaba las impaciencias ocasionales de ella. Formaban un buen equipo. Lo que necesitaban era ayuda con el papeleo, no un matoncillo de Glasgow que creyera que lo habían enviado a rescatarlos.

Le dedicó su mirada más severa.

—¿Ha pasado de la UIM a la UCH? ¿A quién le ha pisado el callo?

Apenas una momentánea expresión de tristeza, pero McCartney se recuperó enseguida.

—Ah, ¿no cree que haya sido un premio? —Adelantó la mandíbula inferior.

—Lo que yo creo a veces es diferente a lo que piensan mis colegas. —Retiró la tapa de su café y tomó un sorbo—. Mientras no se crea que ha venido de vacaciones...

—Nada de eso —replicó él. Entonces sí se incorporó en el asiento y puso una expresión de alerta—. En la UIM los respetamos mucho —se apresuró a añadir.

Karen no se inmutó. Acababa de averiguar algo sobre Gerry McCartney que podría resultarle útil: sabía mentir bien. Conocía perfectamente el respeto con el que contaba su unidad entre los policías que tenían que enfrentarse en tiempo real con los casos más difíciles. Creían que la UCH era un chollo: si ella atrapaba a un criminal histórico se convertía en una heroína por un día de cara a los medios, y si